



**PAPENFUSS**

BOLETÍN GRATUITO DE RELATOS

— — — — —  
**ESPECIAL**  
**SRA. BELMUTZ**

La Señora Belmutz enloqueció en un manicomio. Tras escapar, entró en la ficción y adquirió la cordura.

# LA FICCIÓN ME INVENTÓ Y ADQUIRÍ LA CORDURA

## ENCUADRES

Un viejo sentado en un banco del parque mira al frente. En su reducido ángulo de visión y de izquierda a derecha un niño corre detrás de un balón y desaparece acto seguido por el lado derecho del encuadre, donde ahora irrumpe una silueta juvenil que camina de derecha a izquierda con aire resuelto y despreocupado. Al llegar al centro del encuadre se para y mira al viejo para, a continuación, desaparecer por el lado izquierdo de la escena. Aquí se funde con otra figura que representa a un hombre de mediana edad inmerso en dudas y cavilaciones. Al llegar al centro del encuadre mira de reojo y de inmediato desaparece por la derecha, donde es reemplazado por la imagen de un anciano que lucha por llegar a tiempo al centro de la escena. Al verlo el viejo esboza una sonrisa que se congela irremisiblemente en el preciso instante en el que dos sujetos aparecen en el centro del encuadre transportando un banco vacío.



DIOS, QUÉ SUSTO ME HA DADO USTED

**E**l señor Martín vivía solo en su gran casa, compuesta por una gran cocina, un gran cuarto de baño, una gran sala y una gran habitación donde el señor Martín trabajaba y descansaba según el caso. En la gran sala, el señor Martín tenía una jaula vacía, otrora habitada por un jilguero del que se desprendió al advertir que su trino resultaba de lo más molesto e inoportuno. De hecho, la estancia del ave no sobrepasó las pocas semanas, al cabo de las cuales el ruidoso inquilino alado recibió el pasaporte definitivo una fría mañana de invierno. Tras este breve paréntesis, el señor Martín jamás volvió a compartir la vivienda con nadie que no fuera él mismo.

Por eso, cuando una mañana el señor Martín entró en el gran salón y vio a aquel hombre tan diferente al señor Martín ataviado con sombrero y traje negros, se quedó momentáneamente conmocionado.

—Dios, qué susto me ha dado usted — le dijo al repentino intruso.

El hombre tan diferente al señor Martín se incorporó, se quitó el sombrero y, sin articular palabra, efectuó una reverencia, gesto que el anfitrión interpretó como una señal de la inequívoca buena educación del singular huésped.



De inmediato al señor Martín se le pasó por la mente inquirir al visitante por su procedencia y las razones que le llevaban a presentarse de forma tan súbita e inadvertida en su domicilio. Así las cosas, formuló las preguntas con la cortesía que le caracterizaba, pero no obtuvo por respuesta sino el mutismo más absoluto.

El señor Martín, poco dado a la trifulca y al debate acalorado, decidió posponer el interrogatorio para más adelante, por lo que se despidió del hombre de traje y sombrero negro y se retiró a su habitación donde se enfrascó en sus papeles y quehaceres cotidianos.

Durante los días siguientes, el señor Martín obró siguiendo escrupulosamente las rutinas diarias que habían presidido su devenir vital durante los últimos veinte años, evitando, eso sí, entorpecer el plano visual del hombre de traje y sombrero negro que permanecía sentado en el sofá de la gran sala sin tan siquiera pestañear y que solo mudaba el gesto cuando el señor Martín irrumpía en la sala. En tal caso, el hombre tan diferente al señor Martín se ponía en pie, se quitaba el sombrero y efectuaba la reverencia acostumbrada, gesto al que el señor Martín respondía con un movimiento afirmativo de cabeza al tiempo que esbozaba una sonrisa de aprobación.

Así transcurrieron las semanas hasta que una mañana, al salir de la habitación, el señor Martín se encontró de golpe con el hombre de traje y sombrero negro que permanecía en el pasillo con la vista clavada en él.

—Dios, qué susto me ha dado usted — le dijo el señor Martín.

En adelante, el señor Martín se vio obligado a pasar de costado cada vez que caminaba por el pasillo con el fin de no irrumpir en el plano físico del hombre de negro que todas las mañanas se encontraba frente a él cuando abría la puerta de la habitación.

Al poco tiempo, el señor Martín se despertó de madrugada con el vientre descompuesto. Abrió la puerta de la habitación y corrió al cuarto de baño, se sentó en la taza y alivió su carga con un gesto de alivio que solo se vio empañado por la súbita visión del hombre de negro que le observaba plantado de espaldas al espejo del lavabo.

—Dios, qué susto me ha dado usted — le dijo en el instante en que el hombre tan diferente al señor Martín efectuaba la consabida reverencia.

A partir de ese día, las evacuaciones intestinales del señor Martín se convirtieron en un acto público tan solo interrumpido por reverencias y gestos asertivos recíprocos en el marco de un protocolo de buenos modales que el señor Martín apreciaba y que constituían el único cauce comunicativo empleado entre él y su insonoro huésped.

Un día de otoño el señor Martín se hallaba en la cocina. En un momento dado alargó la mano hacia la balda donde se encontraba la sal y topó con un hombre.

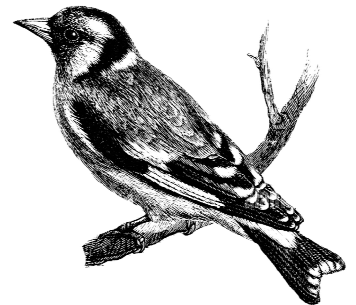
—Dios, qué susto me ha dado usted — le dijo al hombre de negro, que observaba su quehacer culinario y que respondió a su exclamación de sorpresa con la reverencia acostumbrada.

La cocina se convirtió, por tanto, en un nuevo reducto en el que el señor Martín era observado igual que lo era en el cuarto de baño por los dos mismos ojos que se encontraba al abrir la puerta de su habitación, por aquellos dos órganos que le observaban desde el sofá de la gran sala.

Por fin, una fría mañana de invierno, el señor Martín hizo las maletas, pero antes se despidió de cada uno de los hombres de negro que eran un solo hombre tan distinto al señor Martín y que en todos los casos respondieron quitándose el sombrero y realizando una reverencia respondida por el señor Martín con un gesto asertivo.

Cuando el señor Martín abandonó definitivamente su casa y salió a la calle

miró desde la acera hacia la ventana de la gran sala donde de un momento a otro esperaba ver la figura del hombre que se había adueñado de su casa. Aguardaba un saludo de despedida, un último gesto de cortesía pero el hombre de traje y sombrero negro no apareció y, tras una larga espera, el señor Martín se dio por vencido, bajó la cabeza y se dispuso a cruzar la calle. Pero en ese instante una melodía conocida le instó a detenerse. Entonces alzó nuevamente la mirada y alcanzó a ver la silueta de un jilguero en el alféizar de la ventana.



El frenesí del akelarre se desató con la presencia del inquisidor que, disfrazado de macho cabrío, alentó los más bajos instintos de los congregados. "Qué lástima", pensó, "tener que mandar a la hoguera a gente tan peculiar. Pero las alubias son las alubias. En fin."



## LA SEÑORA BELMUTZ

La señora Belmutz sale del portal, gira a la derecha y enfila la acera de cuatro metros de anchura. Avanza, a sus anchas, por una acera que súbitamente se acorta en treinta centímetros, por lo que dispone aproximadamente de un metro y ochenta y cinco centímetros de pavimento disponible en el sentido de su marcha.

Para cuando quiere darse cuenta la acera se ha estrechado hasta los 90 centímetros de espacio personal, por lo que decide caminar con cautela evitando así chocar con los viandantes que caminan en sentido contrario, hasta ahora inadvertidos.

Hacia la tercera manzana, su margen de maniobra se reduce hasta los 50 centímetros en el sentido de la marcha, por lo que delibera continuar el paseo tornada de perfil con el fin de evitar trifurcas con los que vienen de frente, que de esta forma no se ven obligados a bajarse de la acera con el consiguiente contratiempo.

Un poco más adelante comprueba horrorizada que la acera ha desaparecido hasta convertirse en poco más que un bordillo de 15 centímetros de ancho para ambos sentidos de la marcha. Dispuesta a lo que sea con tal de proseguir su paseo, se apoya en un pie y continúa a la pata coja. Por lo que puede observar, los viandantes que se aproximan en sentido contrario han tenido la misma idea. Esto obliga a la señora Belmutz a saltar por encima de las cabezas y caer sobre el pie, siempre y cuando, claro está, opte por continuar por el mismo sitio y no elija la calzada como pista de aterrizaje. En este último caso no habría mayor problema en ausencia de tráfico rodado.

La señora Belmutz continúa su periplo pero de repente el bordillo desaparece, por lo que emprende el vuelo. El cielo es amplio y sin naves espaciales que obstaculicen el tráfico, se puede volar sin mayor complicación, respetando,



eso sí, los códigos ancestrales de gaviotas y palomas. La señora Belmutz vuela y saluda a los vecinos que la contemplan desde las ventanas circundantes con una sonrisa de admiración.

A media tarde, agotada, la señora Belmutz decide tomar tierra y saca

del bolsillo un inflador de aceras por cuya válvula sopla y sopla hasta recomponer la acera de cuatro metros de ancho que la lleva al portal. Una vez en casa la señora Belmutz cuelga las alas y se sienta en el sofá. Entonces se duerme y sueña que sale del portal y gira a la derecha.

Llevaba la mochila abierta. "Le van a robar", oía que le decían. Pero nadie roba aire. De vuelta al hogar, dejaba la mochila en el suelo, chasqueaba los dedos y una tropa de suspiros, guiños y alegrías urbanitas saltaban a su encuentro.

Tras una noche tormentosa en aquel extraño caserón aislado, por fin amaneció y fue entonces que un pánico siniestro se apoderó de ella al verse abocada a tomar el coche y enfrentarse a la rutina cotidiana de la urbe.

Tocaba la batería para recargar pilas y descargar sus emociones.

En el festival de cine del absurdo el público aplaudía al comienzo y se iba.

Buscó un continente a salvo de la mar pero solo halló islas rodeadas de tierra.

Un martes encendí el televisor pues es la única forma de poder apagarlo.

## SOLO DOBLE

Cuando llamaron a la puerta, abrí y vi a mi doble que me miraba y se encogía de hombros con gesto de perplejidad.

—¿Qué quieres? —le pregunté.

—Entrar.

—Entra.

Entró y yo salí. La puerta se cerró tras de mí. Entonces me percaté de que me había olvidado el

móvil dentro, así que llamé a la puerta. Cuando esta se abrió vi que mi otro yo me interrogaba con la mirada. Yo le respondí con un gesto de perplejidad al tiempo que me encogía de hombros.

—¿Qué quieres? —me preguntó.

—Entrar.

—Entra.

Entré y él salió, pero antes le introduje mi móvil en el bolsillo de la chaqueta y a continuación cerré la puerta.

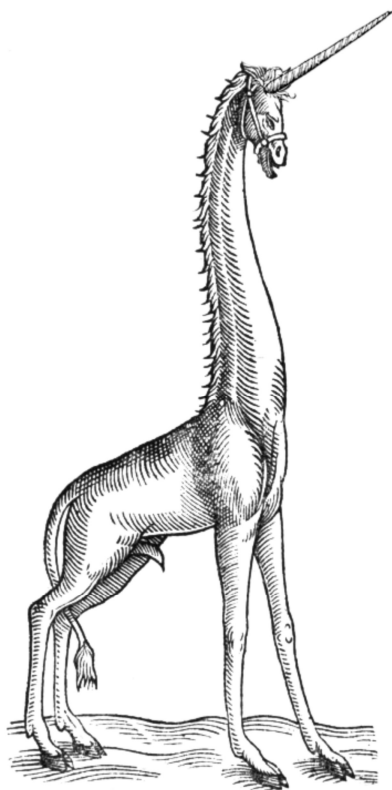


Fueron miles los que suplicaron por su vida eterna en las escaleras de ascenso al Parnaso celestial mas solo una, la Señora Belmutz, dijo lo que era un secreto a voces pero nadie osaba comentar, no fuera que, y así es como San Pedro oyó, por vez primera en dos mil años, que su barba era un estropajo de todo a cien y que así no había respeto posible y que ella quería platicar directamente con el jefe de la barraca pero este, ocupado con los ERTE de los querubines, que no, que no es el momento, que pida cita y que pues vale, descenderé al averno donde Belcebú me recibirá con cajas destempladas pues enfascado como está en sus quehaceres instará al Cancerbero a impedir mi libre circulación por los dantescos anillos infernales y así no, no puede ser, la vida eterna subyugada al papeleo burocrático y sin enmienda posible, y que morir debe ser un acto heroico y poético, y eso es inviable con burócratas en el cielo e infierno. Con lo fácil que es nacer y morir y, concluye la Señora Belmutz, tanto papeleo para qué.

## EL MALECÓN

La señora Belmutz baja a la playa. Lleva puesto un vestido negro de lunares blancos que deja al descubierto sus piernas desde la parte superior de la rodilla hasta la base del tobillo. Los pies, cubiertos por unos zapatos de color marrón con dibujos amarillos de unicornios ajirafados, se desplazan por el paseo (1), arena seca (2) y arena mojada (3) hasta la orilla, donde rompen las olas. El agua está fría, muy fría, por lo que la señora Belmutz

retorna al paseo y se dirige al malecón de cemento que asoma por la bocana del puerto hasta un punto donde cae verticalmente a saco sobre las aguas de alta mar abiertas al horizonte. La señora Belmutz enfila el malecón de frente, pues a los lados no hay sino agua y más agua —muy fría— y de girar a izquierda o derecha correría el riesgo irremisible de caer a las profundidades marinas, donde —piensa— habitan criaturas que según dicen secuestran a señoras como la señora Belmutz para transformarlas en sirenas, extremo este que no preocupa tanto a la señora Belmutz como el hecho de perder sus incunables zapatos marrones con dibujos amarillos de unicornios ajirafados, inadaptables a las colas de sirena. La señora Belmutz no sabe nadar aunque a menudo sueña que se deja llevar por las olas en una mar poblada de unicornios ajirafados que le sonríen mientras expulsan por los cuernos el agua sobrante de la marea.



El malecón se adentra en las aguas, que luchan por alcanzar la superficie de cemento en un acto de desagravio a las olas por el terreno perdido en la marea baja. La señora Belmutz, que hasta ahora paseaba sonriente saludando a diestro y siniestro —con cuidado de no desplazarse demasiado a derecha o izquierda—, frunce el ceño ante la amenaza líquida. Entonces se para, da media vuelta y se encuentra a sí misma sobre una superficie cementada cuadrangular rodeada de agua por los cuatro lados.

La señora Belmutz, que jamás capitula ante la adversidad, decide actuar y sin más dilación. Entonces se despoja de sus zapatos y libera a los unicornios ajirafados que inmediatamente se transforman en peces multicolores que zigzaguean en las aguas creando una película de color negro con lunares blancos en cuyo interior navega la señora Belmutz sumida en un profundo sueño en el que unicornios ajirafados le sonríen mientras expulsan por los cuernos el agua sobrante de la marea.

Las olas transportan la membrana hacia la playa formando en su eterno retorno un ovillo de color negro con lunares blancos que finalmente una cresta blanquecina deposita en la orilla, donde unos niños juegan a desenrollar los ovillos arrastrados por la marea. La señora Belmutz espera pacientemente su turno hasta ser liberada de su membrana. Entonces se incorpora, sonrío a los niños —a los que regala sendos unicornios ajirafados— y abandona la playa camino del malecón.

## LA EDUCACIÓN

La profesora da una galleta al niño cuando tiene hambre. El niño, no obstante, tiene hambre a menudo y la profesora, consciente de la relevancia nutricional, le da una galleta al niño, que come una media de cincuenta galletas a la hora. Esto provoca, cuestión lógica por otra parte, que el niño se hinche.



Cuando, a la hora de la salida, la madre del niño va a recogerlo, le pregunta a la profesional:

—¿No lo ve usted más hinchado que ayer?

—Sí, un poco. Es por las galletas.

—Ah, claro.

Al día siguiente, cada vez que el niño pide una galleta, la profesora se la da. Al final de la semana, el niño ha engullido más de mil galletas y ya no parece un niño, sino un globo. A la salida del colegio, la madre observa a su hijo y le pregunta a la profesional:

—¿No lo nota como más inflado?

—Claro, son las galletas. Ya sabe: el factor nutricional.

—Claro, una alimentación fuerte es primordial en un niño.

—Primordial e indispensable, diría yo.

—E imprescindible, añadiría yo.

—Veo que estamos de acuerdo. Seguiremos en contacto.

—Hasta el próximo día.

—Hasta el próximo día.

La semana siguiente, nada más comenzar las clases, el niño pide una galleta a la profesora y esta se la da. La escena se repite a lo largo del día, durante la jornada siguiente, los días posteriores, semana tras semana. El niño ya no parece sino que es un globo. No tiene extremidades ni cabeza puesto que todas sus singularidades anatómicas están fundidas en una forma redonda que vuela por la clase y se queda pegada al techo. Cada cierto tiempo el niño, que ya no puede acercarse a la mesa de la profesora, le pide desde los altos una galleta y ella se la lanza. A la salida de clase, la docente ata al niño con un cordel y se lo entrega a la madre, que habitualmente pregunta a la profesora si no convendría poner al niño a dieta. “No se preocupe”, responde la profesional, “Son cosas del crecimiento”. “Ah, me deja usted más tranquila”, exclama aliviada la madre.

Un día, tras la septuagésimo séptima galleta del día, el niño explota. A la salida, la profesora entrega a la madre los restos del niño y le dice:

—Recompóngalo. No olvide que estamos a final de trimestre y no es conveniente que su hijo pierda el tren del curso. Que no se quede colgado, por favor.

—No lo creo —dice la madre—. Él viene feliz al colegio. Para él es vital asistir a clase.

—Yo diría más —añade la profesora—. Es indispensable.

—Crucial y primordial.

—Imprescindible.

—Ineludible.

—Básico.

—Esencial.

—Bien —dice la profesora—. No olvide lo que le he dicho. No se deje ningún cacho.

—No se preocupe. Lo recompondré.

—Hasta mañana, pues.

—Hasta mañana.



Puedo comenzar a saltar de repente y brincar sin razón alguna. Tan solo basta con que una mariposa aletee encima del radiador para que mis piernas comiencen a moverse con pasión irrefrenable o que un sacerdote con un pitillo en la boca imite el gorjeo de una paloma para que mis brazos levanten vuelo. Es suficiente que una hormiga se deleite panza arriba imitando a un gato encabritado para que mis pies golpeen con furia un balón que haga añicos los cristales del escaparate de enfrente. Y no me quita el sueño que todo ello sea contemplado por un policía, pues no tiene sino que ajustarse la gorra para que un filete del restaurante de la esquina salte volando por la chimenea al encuentro de mis fauces de cocodrilo. No, no es por dar la nota, pues las notas huyen del conservatorio y se cuelan por los intersticios de las paredes escolares para que los niños las atrapen y tarareen hermosas melodías mientras resuelven un problema algebraico y suele ocurrir que, en esos casos, incluso los mamuts que viven bajo los pasos de cebra se alcen sobre sus colmillos y barriten para deleite de los fetos que transportan las embarazadas. Y resulta que el bordillo de la acera atesora más sabiduría que la más erudita enciclopedia y que los tejados del hospital, a la hora veinticinco, alzan el vuelo para que los lamentos de los enfermos salgan radiantes al encuentro de sábanas vírgenes. O que, aprovechando el sueño de sus moradores, los edificios se hundan en sus cimientos y su lugar sea ocupado por campos de margaritas. Y qué decir de las farolas que por la noche juntan sus hocicos sin tan siquiera llegar a fundirse o de los bancos del parque que transforman sus patas en orejas para escuchar las conversaciones de las baldosas. Y hablando de baldosas: ¿alguien sabe de algún betún especial para abrillantarlas tras horas y horas desplazándose por encima de los zapatos?

## PARED

**R**ecuerdo que dejé la mochila con las viandas, la cantimplora y un chubasquero en la base de la pared. No creo que mi intención fuera otra que sentarme a descansar, tal vez comer y beber algo porque yo nunca he sido escalador, es más, tengo vértigo. Por eso lo último que se me ocurriría es ascender por una pared vertical, yo, que no puedo asomarme a un precipicio sin experimentar una suerte de atracción como si el suelo que sostiene el vacío me invitara a lanzarme a su encuentro...

Y sin embargo he despertado en mitad de esta pared, sentado sobre las ramas de una encina que parece surgir de ninguna parte y cuyas raíces se hundan en una grieta abierta en la roca calcárea. A mis pies se abre un abismo de más de cien metros de profundidad sostenido sobre un fondo de agua y vegetación de ribera. Sobre mi cabeza se alza una mole



de piedra erosionada cuyo tope superior se oculta a mi mirada pero que por intuición situó a cien, doscientos metros por encima del lugar donde me encuentro y que probablemente esté coronado por un bosque impenetrable que se asoma al abismo del desfiladero. La pregunta que me hago, cómo he llegado hasta aquí, no tiene por el momento más destinatario que el propio eco de mi angustia ataviada con el recuerdo difuso de una mochila depositada al pie de una pared y una sensación

de fatiga... Pero el caso es que esta encina que surge de la grieta abierta en la roca me resulta providencial, pues me salva de caer más bajo o subir más alto y el inicial escalofrío que recorría mi espina dorsal se ha transformado en una sensación de bienestar que se define por la misma ausencia de sensaciones y me invita a abandonarme, cosa lógica por otra parte, porque aquí nadie puede oírme por muy alto que grite, nadie puede verme salvo los buitres, que no tienen prisa.

## LABORAL

El jefe al empleado:

—Juan, le necesito en la empresa. Es usted uno de los pilares de nuestra firma, un elemento imprescindible en nuestro organigrama, una baza esencial en nuestra estrategia de futuro.

—Gracias, eso ya lo sabía.

—Sí, yo también. Pero hay un problema. Usted, Juan, me cae mal, así que muy a mi pesar, debo despedirle. ¿Comprende?

—Sí, bueno, pero no me parece correcto.

—Me importa un comino lo que a usted le parezca. Sin embargo, aunque resulte paradójico, contradictorio y paradigmático, a pesar de los pesares, le necesito.

—Lo de paradigático no lo he entendido. Lo de que me necesitan ya lo ha dicho antes.

—Y lo repito. En cuanto a lo de paradigático, tiene usted razón. Esa palabra no venía a cuento y menos

acompañada de paradójico y contradictorio.

—Ya se lo decía yo.

—Sí, usted es perspicaz, Juan. Por eso le necesito.

—Es la tercera vez que me lo dice.

—No obstante, a mi pesar, debo despedirle.

—Eso es la segunda vez que me lo dice.

El jefe suspira y frunce el ceño. A continuación apunta a Juan con el dedo índice y dispara:

—¡Pum!

—Jefe, usted me acaba de matar.

—No dude ni por un instante que, si no fuera usted absolutamente necesario, ahora mismo estaría muerto.

—(....)

—¿Y bien, Juan?

—¿Qué?

—¿No tiene nada que decir?

—No me despida, jefe.

El jefe se rasca la cabeza. Medita.

—Tengo una idea. Mire. Usted es indispensable, ¿cierto? Por tanto, no puedo despedirle. Pero, por otra parte, debo hacerlo, ¿comprende?

—Le escucho.

—Pues bien. Clóñese y asunto arreglado.

—Eso requiere tiempo.

—Ese es su problema. Le espero mañana a las seis de la tarde en mi despacho.

—¿A mí o a mi clon?

Hasta mañana, Juan.

Al día siguiente, a las seis de la tarde llaman a la puerta del jefe.

—¡Adelante!

—Hola, soy Juan.

—Ya lo veo. Pase.

Juan entra, se sienta y pide la palabra:

—Dígame Juan.

—Juan.

—Dígame, Juan.

—Soy yo, jefe.

—Bien, está despedido. Firme aquí. Juan firma con lágrimas de emoción. El jefe se levanta y le estrecha la mano al tiempo que dice:

—Bien, buena suerte, Juan. Me alegro de perderle de vista. Al salir cierre la puerta y haga pasar a Juan.

Sale Juan. Entra Juan. El jefe sale a recibirle con una sonrisa. Le estrecha la mano.

—Hola, Juan.



Esta mañana vi a Jesús y Magdalena tomándose un vino en un bar debajo de mi casa. Estaban felices. Me gustó y les invité. A la misma hora, un integrante con alzacuellos advertía a los feligreses sobre la inminente llegada del diablo. Creo que era abstemio.

En la ciudad de las prohibiciones los poetas y los músicos surgían como setas, y la imaginación, igualmente proscrita, habitaba los recovecos más insólitos de la urbe. El plan del líder era infalible: solo el miedo despertaría la creatividad dormida de las gentes.



Con el colesterol por las nubes y la hipertensión al alza, la estrategia del crimen perfecto estaba clara: apuntó a su marido a una sociedad gastronómica donde se puso ciego a comer y beber. "Era un irresponsable", declaró a la policía mientras cubrían su cadáver.

Abrió un bar y lo llamó Manchuria, por puro exotismo. Ese mismo día supo que jamás conocería aquella lejana región asiática a la que sin duda viajaría si no fuera porque en tal caso lo exótico se esfumaría y el bar sería uno más sin más objetivo que hacer caja.

Huyó del estrépito urbano a la montaña en busca de sosiego y reposo. Ignoraba que el silencio, hasta entonces sepultado bajo el ruido cotidiano, no era sino un gigante dormido a la espera de un lugar donde estallar a todo volumen.

Puedes colaborar enviando relatos de hasta 1.000 palabras o poemas de hasta 20 versos a [revistapapenfuss@gmail.com](mailto:revistapapenfuss@gmail.com)

Búscanos en Facebook, Twitter, o visita nuestra web:

[www.papenfusslarevista.wordpress.com](http://www.papenfusslarevista.wordpress.com)

## ORACIÓN

**P**uede ser que una mañana de cincuenta caniches corriendo calle arriba sea lo más natural a cierta hora de la mañana, o que con un Klashnikov apuntes aleatoriamente al tráfico rodado y dispares sin piedad a discreción. Nada que ver, obviamente, con las gaviotas radiofónicas que sobrevuelan los arrabales ataviadas con guirnaldas de colores. ¿Un estornudo? El origen, naturalmente, de un virus letal que acaba con todo rastro de vida microscópica en un radio de 22 kilómetros para deleite de los cutres consumidores de hamburguesas de porcelana. No entiendo. Fácil salida en un mundo donde las preguntas solo encuentran respuestas en los vientos huracanados que tan solo los niños pueden descifrar con una sonrisa diabólica. Pongámonos pues en cuclillas y oteemos el horizonte. ¿Qué ves? Una cosita. ¿Y qué cosita es? Empieza por la letra "y"... ¡Yogur! ¡Esa es! Miles de buitres apostados en las cornisas rocosas degustan yogures tuttifruti mientras sus potenciales presas —roedores, conejitos, serpentillas...— aplauden desde el valle con las orejas. Buena apuesta. Gran valor. Enorme coraje. Derroche de honor. La gacela vuela más que corre, más que correr vuela la gacela y la pantera ni se entera de que la que no se entera es la pantera. Viacrucis. Eso es. 14 estaciones. Si Jesús a la tercera caída hubiese soltado una blasfemia, tal vez le habrían perdonado y habría llegado a los 85 con una prole de hijos tuertos. Imponderable destino que ni los astros dominan. Solo Ella, en su infinita misericordia, puede salvarnos. Apíadete de nosotros, noble dama del crepúsculo, repara en nuestra languidez y dótanos de lascivia por el resto de nuestros hedonistas días, rebózanos de concupiscencia y aborta cualquier intento de cópula cartesiana. Tú, diosa de la aurora y madre del anochecer, manténnos unguidos de tu

flujo vaginal y ofrécenos el don de tus firmes pechos. Hermosa oración para despedir un poema tan prosaico como inútil escrito en los albores de una nueva era, un nuevo tiempo, el de las jirafas que duermen de pie y te saludan con una sonrisa en los pasos de cebrá. Felices sueños, almas mías, venga, traedme un kilo de tomates pues necesito tinta roja vegetal para mi próximo escrito. Que Dionisos os bendiga, esclavos de la palabra.



## EL SEÑOR DILEMA

**C**uando el señor Dilema salió de casa se encontró con la disyuntiva de girar a derecha o izquierda pues seguir de frente le habría supuesto cruzar la calzada y empotrarse contra la ferretería. Analizada meticulosamente la situación optó por girar a la derecha y caminar hacia la plazoleta situada frente al ayuntamiento. O no. Giró a la izquierda y enfiló la acera hacia la escalera de acceso al plano superior de la calle donde se ubicaba un hotel con spa. Cuando el señor Dilema comenzó a subir los peldaños se percató de que aquella escalinata de estilo neoclásico ascendía hacia la puerta del ayuntamiento, de lo que dedujo que al salir del portal no había girado hacia la izquierda sino hacia la derecha. Por tanto, decidió entrar al edificio oficial. Una vez dentro se dirigió al funcionario municipal, pero aquel funcionario municipal con uniforme blanco, piernas bronceadas, cabello castaño suelto, ojos pintados y sonrisa profidén no era un funcionario municipal sino una

azafata que le extendía un vale por dos sesiones de chorros con masaje profiláctico. Si este era el caso, que parecía serlo, está de más decir que el señor Dilema se encontraba en el hotel. O no. Porque era muy extraño que una azafata con uniforme blanco, piernas bronceadas, cabello castaño suelto, ojos pintados y sonrisa profidén le estuviera extendiendo en realidad un certificado de empadronamiento. Tampoco era normal el flujo incesante de contribuyentes en albornoz y chancletas por los pasillos del consistorio. O sí. Sería la moda, pensaba mientras un ordenanza fotocopiaba una página del BOE. O no era tal página, sino una tabla de ejercicios para la sesión de musculación previa al baño ya que el ordenanza vestía ropa deportiva, pero esto no era lo más habitual en el vestíbulo del ayuntamiento y menos en un entorno como aquel, frecuentado por concejales encorbatados y personal administrativo que corría los despachos con el gesto rutinario de quien solo espera que den las cinco para disfrutar de un buen baño seguido de un relajante masaje.



El caso es que el señor Dilema abandonó el edificio consistorial y bajó las escaleras hacia la plazoleta. O no. Tal vez descendió por los peldaños procedente del hotel hacia la acera y se encaminó a su portal, subió a su casa y volvió a salir para girar a la derecha y dirigirse hacia la plazoleta frente al consistorio. O quizá no hizo esto pues puede ser que girase a la izquierda y retornara al centro de masajes. O que esto no sucediera porque en realidad procedía del consistorio. Fuera como fuera, el caso es que llegó a la plazoleta y se sentó en un banco a cuyos extremos dos

figuras degustaban sendos bocadillos de mortadela. Acabado el almuerzo, una de las figuras, uniformada de blanco, con las piernas bronceadas, el cabello castaño suelto, los ojos pintados y sonrisa profidén, se dirigió hacia la escalinata de estilo neoclásico del ayuntamiento con un impreso bajo el brazo derecho. O sería el brazo izquierdo. Da igual, pensó el señor Dilema, que vio cómo la otra figura, un individuo con aspecto de funcionario municipal con una bolsa de deporte, desaparecía a la derecha de la calle hacia unas escaleras que ascendían hasta un hotel con spa. Ahora lo comprendía todo el señor Dilema que, sentado en el banco de la plazoleta, dudaba si visitar a su amigo ordenanza en el consistorio o a su hija azafata en el spa. O no. Tal vez sería al revés. O al derecho.

—Son, cómo lo diría, repulsivos. Poseen dos especies de tentáculos con sendas ramificaciones de 5 tentaculillos tanto en su parte superior como en su parte inferior. Son horrendos y aun así se creen la medida de todas las cosas. ¿Órdenes?

—Contacto abortado.

La Señora Belmutz se fugó con el Espíritu Santo e hizo cisco a la Santísima Trinidad. Desde entonces Padre e Hijo no paran de culparse mutuamente del descalabro y la curia romana se tambalea mientras la otrora santa paloma surca gozosa los mares poéticos de la apostasía.

Quedó con su mujer en verse en casa a eso de las 7 de la tarde. Él llegó a las 3, entró y la vio. "Pero tú no estás aquí". "No", respondió ella sonriendo, "pero sé que me echabas de menos", y se esfumó. Al fin y al cabo, 4 horas pasan rápido.

MANDAMIENTOS BELMUTZIANOS (EDICIÓN LIBERTARIA)



1. Amarás a la madre tierra sobre todas las cosas y al vino como a ti misma.
2. No robarás en vano sino con orgullo de reina y arte de tahúr enamorada.
3. Mentirás lo estrictamente necesario mas con arte y compostura de reina, afán de lucro misionero, sin faltar explícitamente a la autoridad y con el perdón absolutorio de la autoridad canónica.
4. Jamás adorarás al becerro de oro ni comerás del árbol prohibido a no ser, claro está, que el becerro sea un sol y el árbol reluzca cada primavera.
5. Te pasarás por el forro la ley de protección de datos, besarás sin remilgos a amigos y conocidos y, en caso de ser apercebida por su señoría, le mostrarás tus pechos beligerantes como quien abre las puertas del paraíso.
6. Infringarás toda norma ajena al instinto atávico de tu fuero cavernario. Te opondrás a toda imposición eclesiástica ajena a tu tendencia iconoclasta mas santificarás las fiestas en honor
7. No maldecirás salvo cuando sea estrictamente necesario, en cuyo caso emplearás cuantos exabruptos conozcas, sin piedad ni remordimiento ni escrúpulos ni miedo a la autoridad, incluyendo todo tipo de aberraciones verbales que hagan convulsionar a tu enemigo al que, no obstante, amarás sobre todas las cosas.
8. No cometerás actos ni deseos impuros ni te someterás a las bacterias del anhelo concupiscente del hedonista. En caso contrario solo un poema de penicilina adulterada solventará tus deudas con la hacienda de la censura.
9. Honrarás a la vendimia sin distinción alguna pues hermanas son todas las uvas a los ojos del Sumo Hacedor. Beberás no para olvidar sino para celebrar la vida e implementarás ciberaques contra todo galeno ajeno a esta norma.
10. Gastarás la calderilla con amor de madre pues sabia es la mano que se

despoja del infame oro y lo arroja al arca de la alianza de la hostelería, cristiano objetivo del sector más noble del incipiente paraíso.

11. No codiciarás los bienes ajenos salvo que, claro está, pertenezcan a alguien que codicie los bienes ajenos, es decir, para entendernos, atraca un banco pero sin armar ruido, no sea que.

12. Socorrerás a todo animal atrapado en la tela de araña del sistema. Le procurarás sustento y cobijo y le invitarás a degustar vino iconoclasta de cosecha propia.

13. Navegarás sin rumbo ni gps por océanos decadentes a salvo de tierras inhóspitas hasta arribar a puertos ondulantes plagados de toboganes invisibles y pasadizos jalonados de ciervos dorados.

14. Reverenciarás al becerro de oro siempre y cuando tal ídolo sirva a causas justas. En caso contrario, abominarás de él y redactarás, sin faltas de ortografía, las tablas de tu propia ley.

15. Uvas y cebada serán tus referentes y negarás saludo y palabra a todo

malandrín que cuestione su labranza y consumo.

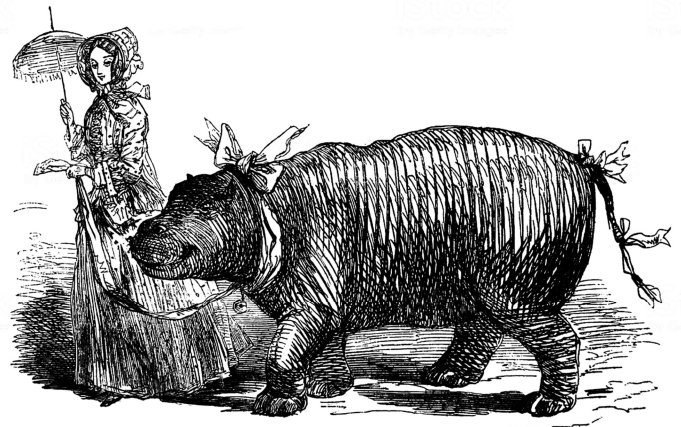
16. Observarás a tu ídolo con pies de barro y esperarás pacientemente a que se derrumbe. Acto seguido adoptarás su indumentaria con aplomo, te calzarás botas de cuero resistente y sonreirás a tu decadencia con resignación de reina.

17. La naturaleza será tu útero de por vida y a él/ella retornarás en toda época turbulenta.

18. Honrarás al crepúsculo matutino y vespertino en absoluto silencio reverencial sin más gesto que una mueca que tan solo compartirás con el brezo de los acantilados.

19. Empatizarás con la fauna nocturna como parte de la constructiva decadencia de occidente. Aun así mantendrás la compostura de las horas brujas.

20. Te colgarás de los árboles asumiendo tu condición de primate mas descenderás con un halo de espíritu arbóreo sin más fin que demostrar la estupidéz del homo sapiens.



FINIS